

ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO A LO FEMENINO Y LO MASCULINO

Magda Estrella Zúñiga Zenteno
Cuerpo Académico: Patrimonio Sociocultural
CESMECA-UNICACH

Aquello que constituye lo femenino y lo masculino es de un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender, pues están en relación con la vida pulsional del ser humano.

Sigmund Freud

Este trabajo tiene el objetivo de establecer algunas de las diferencias presentes entre los planteamientos, sin duda interesantes, de los estudios de género y los planteamientos del psicoanálisis. Diferencias importantes en torno a lo que, se considera, son lo femenino y lo masculino. En este sentido, se erigen como la columna vertebral de este documento.

Desde el psicoanálisis, intento revisar la importancia de lo femenino y lo masculino como construcciones subjetivas que nos permiten comprender aspectos relacionados con la sexualidad humana y el proceso de construcción en la cual se encuentra inmerso el ser humano a partir de su postura ante la castración y su nacimiento como sujeto de deseo. Interés distante de lo que sería definir qué es lo femenino y lo masculino según la construcción social que se ha hecho de lo que se considera ser hombre o mujer, de acuerdo con determinado grupo social.

Empezaré analizando qué es la identidad sexual, pues ella se constituye como un importante punto de partida para intentar acercarnos al conocimiento de lo femenino y lo masculino. Para ello, revisaremos cuál es la definición dada en los estudios de género, pues se considera importante en la vida del ser humano que éste conozca que tiene un cuerpo biológico y que a partir de este cuerpo pueda saber también quién es él (es decir, sabe que tiene un sexo y un género). Tal es el hecho que se plantea en aquello que denominamos identidad sexual.

La identidad sexual, o de género, tiene que ver con el hecho de reconocerse y de ser reconocido como perteneciente a un sexo, es decir hombre o mujer. Es sabido por nosotros que la palabra sexo es utilizada para definir aquellos aspectos físicos, biológicos y hereditarios que forman las estructuras anatómicas que permiten establecer este tipo de clasificación y la palabra género designa las construcciones sociales y los valores atribuidos a las personas de acuerdo con este sexo, según el

grupo social en el que se encuentre inmerso. Dichas construcciones podemos encontrarlas con el nombre de femenino y masculino.

Noemí Quezada, en su libro “Sexualidad, amor y erotismo” (2002), dice que el género como categoría de análisis permite conocer complejos procesos sociales para explicar cómo se estructuran y expresan los ámbitos de lo femenino y lo masculino, y cuáles son los símbolos y características que los definen y representan como construcciones culturales opuestas y simétricas. Dentro de la cosmovisión, esta división binaria basada en la diferencia sexual determina la relación entre mujer y varón, el rol social asignado a cada sexo, y la adquisición y la identidad genérica.

En este mismo texto, la autora dice que los estudios de género han dado importancia a algunos aspectos que los estudios antropológicos sobre la sexualidad han soslayado, como es el campo de las emociones, especialmente el amor, el erotismo, el deseo y el placer, emociones estas que tienen expresiones distintas según la cultura y también según el sexo, ya que el código simbólico que explica la diferencia entre la mujer y el varón se encuentra tamizado por la cultura. Sostiene que este tipo de análisis es fundamental si se quiere dar una visión más real de lo determinante que han sido el amor, el erotismo, el deseo y el placer en las relaciones humanas.

Veamos tres ejemplos interesantes, en los cuales se refleja lo que Noemí Quezada plantea:

Un primer ejemplo. En el artículo “Género e identidades femeninas: mujeres de los Altos de Chiapas” (2002), Teresa Ramos dice que varios trabajos han señalado la dificultad de establecer límites precisos en las diferentes actividades de la unidad doméstica campesina. Es bastante complicado contar con una definición exacta de la división del trabajo, en tanto “actividades femeninas” y “actividades masculinas”. Esto sucede no sólo en las actividades productivas, sino en las clasificadas como reproductivas y de servicio doméstico. Algunas de estas tareas como el acarreo de agua, leña, recolección de yerbas y frutos alimenticios pueden ser realizadas por hombres o mujeres. También es frecuente que sean hombres y niños y no sólo niñas quienes ayuden en el cuidado de los hijos menores. Tampoco existe de manera absoluta la asignación de actividades realizadas fuera de la comunidad a los hombres y el que las mujeres se dediquen sólo a las tareas que se realizan al interior. En varios poblados de la zona fronteriza del estado de Chiapas, los hombres recolectan diversas especies alimenticias y son las mujeres las que salen a las ciudades a venderlas.

Otro ejemplo interesante, podemos tomarlo de los planteamientos de Francesco Alberoni. En su libro "El Erotismo" (1994) dice que el deseo, el placer, se manifiestan en la mujer como necesidad de continuidad, la interrupción sólo puede significar desinterés, rechazo. Por el contrario, el hombre desea interrumpir el flujo emocional, la continuidad erótica. De ahí el éxito de las cortesanas, pues la cortesana logra a la perfección esa interrupción emocional que el hombre busca. Porque conoce sus deseos. Sabe que no desea que se le ahogue con afecto, con atenciones, que se lo retenga.

"Nos encontramos frente a una diversa estructura temporal de los sexos. Hay una preferencia profunda de lo femenino por lo continuo y una preferencia profunda de lo masculino por lo discontinuo..." "El contraste continuidad-discontinuidad, es el eje alrededor del cual gira la diferencia femenino-masculino", dice Alberoni.

El último ejemplo, está situado en el trabajo de Desmond Morris, en su libro "masculino y femenino, claves de la sexualidad" (2000). Dice ahí que en las formas de vida superiores es bastante fácil distinguir los individuos masculinos de los femeninos. No sólo tienen sistemas reproductores diversos, sino que también se diferencian por otros aspectos, como por ejemplo la existencia de una división del trabajo, en las que el macho se especializa en unas funciones determinadas y la hembra en otras. Y eso es tan cierto en el ser humano como en otras especies.

Hasta aquí podemos observar, dentro de lo que hemos dicho, que el sexo (hombre- mujer) y la asignación de género (femenino-masculino) se da a partir de la apariencia externa de los individuos y más particularmente de los genitales. El rol de género está dictaminado por la sociedad y la cultura, con base en las construcciones sociales que han hecho para caracterizar lo femenino y lo masculino.

En cada uno de los ejemplos, he intentado mostrar la relación directa que cada uno de los autores citados establece entre lo femenino-mujer y masculino-hombre. Es decir, entre el sexo biológico y la construcción social-cultural de lo que se supone ellos son. La identidad sexual se presenta aquí, como un hecho dado, mientras que la experiencia analítica nos enseña, que ésta, es siempre lábil, equívoca, que nunca está suficientemente asegurada. En este sentido es ilusorio pensar que existe un sujeto femenino-masculino en concordancia con el sexo biológico, como ilusorio creer que existe una comunidad constituida por todas las mujeres de un lugar. Es decir, que exista una identidad femenina genérica compartida por todos.

Podemos observar también, en cada ejemplo, el deseo de tener un conocimiento totalizador del ser humano, que nos permita unificar a los hombres y a las mujeres a través de esta instancia psíquica (identidad de género) en su feminidad o masculinidad. Por ello, cada autor elabora un conjunto de conceptos que puedan describir los rasgos esenciales de cada uno de éstos, como el de continuidad o discontinuidad en el caso de Alberoni.

Lo que se ha designado como identidad, puede verse como un modelo, como un ideal construido que oculta las contradicciones y labilidad del sujeto dividido que en el ideal busca unificarse, es decir, es una construcción de una imagen modelada en función de un ideal.

Sin embargo, parece ser que la identidad sexual o de género es un proceso más complejo. En él hay dos partes. Hemos abordado sólo una de ellas: El hecho de ser reconocido como perteneciente a un sexo y, con esto, perteneciente a un género. Pero falta revisar otra parte también importante, que es aquella que tiene que ver con la ubicación del ser humano frente a este sexo y este género. La ubicación o postura que puede llevarlo a reconocerse en ellos o a no reconocerse. Deseo decir con esto que al menos una parte de la identidad puede fallar y no establecerse, que este hecho constituye un proceso conflictual para el ser humano y no responde a las coordenadas simples de la cultura. Como nada simple es el ser humano en general.

Veamos un par de ejemplos de lo que intento decir aquí, ambos basados en novelas autobiográficas. El primero de ellos está tomado de *Confesiones de una máscara* (1988) de Yukio Mishima y el segundo de *Amora* (1989), de Rosamaría Roffiel.

Yukio Mishima es el seudónimo del autor del que vamos hablar ahora. Él nos dice que, cuando escribió, podía recordar cosas que habían ocurrido en su vida desde el momento mismo de su nacimiento. Quisiera escribir en este espacio algunos de sus recuerdos:

El primero, quizá el más remoto, tiene que ver con la imagen de un joven; dice así: “No cabe la menor duda de que la imagen que entonces vi ha adquirido nuevo significado a través de las incontables veces que la he vuelto a ver, que la he intensificado, que he centrado en ella la atención. Sí, ya que en el ámbito del nebuloso perímetro de esa escena, solamente la figura de aquél, alguien que bajaba, destaca con desproporcionada claridad. Y con razón, por cuanto esa imagen es la primera entre aquellas que me han atormentado y aterrado toda mi vida”.

“Quien bajaba, era un hombre joven, de hermosas y coloradas mejillas y ojos esplendentes, con una sucia tira de tela alrededor de la cabeza para contener el sudor. Bajaba, llevando sobre un hombro una larga pieza de madera de la que pendían cubos de inmundicia nocturna, y hábilmente armonizaba sus pasos con el balanceo de la madera, manteniéndola así en equilibrio. El hombre de las inmundicias nocturnas era el encargado de llevarse los excrementos. Iba vestido de obrero y calzaba una especie de zapatillas que dejaban al descubierto los dedos de los pies, con suela de goma, y parte superior de saco. Llevaba pantalones de algodón azules y muy ceñidos. El examen al que sometí a aquel joven fue insólitamente minucioso para un niño de cuatro años. A pesar de que a la sazón no me di clara cuenta de ello, aquel muchacho representó para mí la primera revelación de cierto poder, la primera llamada, a mí dirigida, por una voz extraña y secreta”

El segundo recuerdo es el del olor a sudor “un olor que me inducía a replegarme en mí mismo, que despertaba mis deseos y que me avasallaba. El olor a sudor de los soldados me intoxicaba al penetrar en mi olfato. Probablemente es mi primer olor en el recuerdo. No hace falta decir que, en aquellos tiempos, el olor no podía tener relación directa alguna con sensaciones de orden sexual, pero poco a poco y de manera constante y tenaz, despertó en mí un sensual deseo de realidades tales como el destino de los soldados, la trágica naturaleza de su misión, los lejanos países que verían, las maneras en que morirían”.

El tercero dice “Mi pasión por disfrazarme se agravó cuando comencé a ir al cine y seguí sintiéndola de manera destacada hasta los nueve años de edad. En una ocasión, gozando ya plenamente con el acto de portarme mal, eludiendo la vigilancia de mi abuela y de mis padres, y contando con la complicidad de mi hermana y hermano menores, me entregué a la tarea de disfrazarme de Cleopatra”.

En otro recuerdo dice “hacía ya un año que sufría la infantil angustia de poseer un curioso juguete, yo tenía doce años. Ese juguete aumentaba de volumen en toda oportunidad y parecía insinuar que, debidamente utilizado, podía ser fuente de delicias. La naturaleza de los gustos del juguete estaba vinculada a mis recuerdos infantiles, y se centraba en realidades tales como cuerpos desnudos de los jóvenes que en veranos veía en la playa, o de los que formaban los equipos de natación en la piscina Meiji. Hasta aquel momento, había creído erróneamente que aquellas realidades sólo ejercían una atracción poética para mí, confundiendo la naturaleza de mis deseos sensuales con un sistema estético”.

“Aquel día, en el instante en que mi vista se posó en el cuadro (una reproducción de San Sebastián de Guido Reni, que se encuentra en la colección del Palazzo Rosso de Génova), todo mi ser se estremeció de pagano goce. Se me levantó la sangre, y se me hincharon las ingles como al impulso de la ira. Aquella parte monstruosa de mi ser, que estaba a punto de estallar, esperó que la utilizara, con ardor sin precedentes, acusándome por mi ignorancia, jadeando indignada”.

Hasta aquí con Mishima, revisemos ahora algo de lo que nos dice Rosamaría Roffiel.

“Para mí, descubrir que podía amar a las mujeres fue tan importante como para Colón descubrir América. Y no es que tuviera mala relación con los hombres. ¡Al contrario! Me tocaron cuates lindísimos que, para mis veintitantos años, todavía me alcanzaban. Íbamos a jugar boliche, al cine, a tomar la copa, a bailar al Barbarella, a comer tacos y a coger. Pero entre más me conocía yo, más me desconocían ellos, hasta que llegó un momento en que los huecos eran más que los rellenos. Para entonces las mujeres ya habían brillado en mi universo. ¡Ah, las mujeres! Tan determinantes en mi vida, para bien y para mal.

“Mi madre, que no se derrumbó cuando la dejó mi padre. Que aunque repitiera que una mujer necesita de un hombre para existir, en la práctica me demostró lo contrario... Mis hermanas, quienes con su ejemplo me demostraron exactamente cómo no quería yo que fuera mi vida... Paola, quien con su mirada llena de fuego y su boca tierna me reveló mi posibilidad de amar a las mujeres... Eva, mi primera relación amorosa, con quien conviví cuatro años, y quien supo reconocer y saciar mis ansias de descubrir los misterios del arte y la literatura, quien me enseñó a distinguir el buen cine y el buen teatro, y amar la música clásica. Eva, quien no supo entender que el para siempre no existe y convirtió las últimas semanas de nuestra historia de amor en un auténtico infierno... Marisa, mi amante, mi amiga, mi hermana cósmica, mi orgullo de relación. Siete años de vivir juntas con amor y sin engaño... ¿Por qué separarse cuando la pasión se extingue si quedan tantas cosas más? Sólo la distancia física que la llevó a su trabajo en Europa hizo que dejáramos de compartir un mismo techo...”

“Y todas aquellas mujeres a quienes he amado, aquellas a quienes me inventé que amaba, aquellas que no pudieron amarme. A ellas debo mi fuerza. Por ellas conocí mi capacidad de amar, y de llorar. Aprendí la delicadeza de mi pasión. Su presencia me acompaña siempre, porque son ya parte de mi historia”

Hasta aquí *Amora* de Rosamaría Roffiel.

Veamos algunos aspectos importantes relacionados con estos dos ejemplos. Hay un sexo y un género asignado, pero algo ocurre con la identidad de género. Mishima empieza a descubrir sensaciones en su cuerpo que le permiten saber de su deseo y no se reconoce desde su deseo en ese género asignado. Descubre la atracción que siente por los muchachos, por el olor a sudor, por el vello en el cuerpo, por vestirse de mujer. Esto va en contra de lo que la sociedad y cultura japonesas en ese entonces consideraban dentro de la construcción de lo masculino. Con Rosamaría algo similar ocurre, su deseo subvierte el orden establecido y algo falla, algo falla. En ambos casos no ocurre la identidad de género. Ambos autores no se identifican con el género que les ha sido asignado, durante su proceso de subjetivación se han construido otro.

¿Qué es lo que ocurre aquí? ¿Por qué hay una falla?

En los planteamientos realizados en los trabajos de género, se observa la existencia de una relación unilateral entre el sexo (hombre-mujer) y género (femenino-masculino). Ocurre como algo dado. Dicha relación es cuestionada por el psicoanálisis, pues una serie de observaciones realizadas en este campo, le permiten a Freud poner en duda esta afirmación y decir que lo femenino-masculino están más relacionados con la sexualidad que con el sexo (hombre-mujer). Es decir que la constitución de la identidad sexual no es de orden biológico, sino más bien de orden psicológico. Está implícita en esta afirmación, la idea de que la sexualidad tampoco es “natural”, es decir, que no está dada en relación con el sexo, sino más bien es una construcción simbólica.

Silvia Tuber dice en “La sexualidad femenina y su construcción imaginaria” (1989), que Freud nunca se ocupó de suscribir ideas acerca de cómo son o cómo deberían ser los hombres y las mujeres en tanto seres sexualmente diferenciados, sino que se centró en el análisis de cómo llegan estos hombres y estas mujeres a estructurarse como seres sexuados. En este sentido podemos decir que la teoría freudiana permite sentar las bases de una teoría del sujeto.

Por su parte, Lacan dice (1955-1956) que si el reconocimiento de la posición sexual del sujeto no está ligada al aparato simbólico preformado que instaura la ley en la sexualidad, el análisis, el freudismo, pueden desaparecer. Esta ley, le permite al sujeto realizar su sexualidad en el plano simbólico. Es esto lo que plantea el Edipo y no otra cosa. En pocas palabras, la realización de la posición sexual en el

ser humano está vinculada a la travesía de una relación fundamentalmente simbolizada, la del Edipo.

El psicoanálisis proporciona entonces una explicación del proceso de estructuración del sujeto sexuado en la cultura, de la construcción de la diferencia sexual que ha de inscribirse en lo simbólico para llegar a ser algo más que una diferencia anatómica que, como tal, no significa nada.

Esta postura le permite a Freud afirmar, en 1905, en “Tres ensayos de teoría sexual” que gran parte de lo que se llama sexualidad se construye para cada ser humano con experiencias de la vida infantil y que, por lo tanto, ésta no se reduce al sexo. Su reflexión lo lleva a visualizar entonces la distancia que hay entre la identidad sexual y el sexo de la persona y decir que en pocas ocasiones ambas entidades coinciden en un cuerpo humano.

Las observaciones clínicas realizadas por Freud para investigar la importancia de los factores sexuales en la etiología de las psiconeurosis, lo llevaron a sumergirse en un amplio estudio sobre la sexualidad, estudio que le da las herramientas para decir que todo ser humano está inmerso en un proceso de construcción subjetiva y que la sexualidad forma parte de ese proceso. Dentro de ello, considera que la castración es el único hecho que posibilita la inserción del sujeto en la sexuación, ya que la función simbólica de ésta es establecer la diferencia sexual: asumir la masculinidad implica aceptar la castración; asumir la feminidad no implica necesariamente aceptar la castración y este es un punto importante a revisar en otro momento, ya que la feminidad puede ser enigmática y oscura, hecho que la convierte quizá en un objeto de estudio seductor.

La posición del sujeto ante la castración es fundamental para conocer el tipo de construcción subjetiva que sigue. Asumir la feminidad no implica necesariamente aceptar la castración, es decir, la ley que puede regir el deseo humano y establecer los límites en él. La feminidad entonces es muy seductora por transgresiva. Pareciera que ahí no hay límites. Podemos entonces ver una situación desbordada, de no límite. Por eso la ritualidad y lo sagrado tienen que ver con lo femenino, porque en ellos también hay algo transgresivo.

Veamos un ejemplo de ello, tomado de *Afrodita* de Pierre Louys (1946).

Demetrios, joven apuesto, quedó impresionado por la belleza de Crisis, joven cortesana.

“Demetrios se impacientó:

—No te pido que me ames. Estoy harto de eso. No quiero ser amado de nadie sino que te me entregues. Te daré todo el oro del mundo. Lo tengo en Egipto”.

—“Y yo en mis cabellos. Estoy harta de oro, no lo quiero. Pero sí te pediría tres cosas. ¿Me las darías?”

Primer regalo:

—Quiero un espejo de plata para mirarme los ojos en mis propios ojos.

—Lo tendrás, ¿Qué más quieres?

Segundo regalo:

—Quiero una peineta de marfil tallado para hundirla en mi cabello como red en el agua alumbrada por el sol.

—¿Y que más?

—¿Me darás la peineta?

—Sí, acaba.

Tercer regalo:

—Quiero un collar de perlas para extenderlo en mi pecho cuando baile para ti, en mi alcoba, las danzas nupciales de mi país.

Demetrios alzó las cejas.

—¿Eso es todo?

—¿Me darás el collar?

—El que quieras.

Y Crisis, con tierno acento:

¿El que yo quiera? Eso es precisamente lo que iba a decirte. ¿Podré escoger mis regalos?

—Por supuesto.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—¿Por qué lo juras?

—Por lo que tú quieras.

—Por la Afrodita que esculpiste.

—¡Lo juro por la Afrodita! ¿Pero a qué tanta precaución?

—Es que no estaba tranquila. Ahora sí.

—Levantó la cabeza y añadió:

—He escogido ya mis regalos.

—Demetrios preguntó con inquietud:

—¿A ver?

Primer regalo:

Tal vez has pensado que cualquier espejo de plata comprado a un mercader de Smyrna o alguna cortesana desconocida me daría lo mismo. No, quiero el de mi amiga Bacquís que, tras de haberme quitado un amante la semana pasada, se burló de mí... El espejo es magnífico, dicen que Safo (cortesana celebre) se ha mirado en él y por eso Bacquís lo estima tanto...

—¡Pero eso es una locura! —exclamó Demetrios— ¿Quieres que yo robe?

—¿No dices que me amas? Yo así lo creía. Además has jurado. Pero si me equivoqué, no hablemos más...

Comprendió Demetrios que aquella mujer quería perderlo. Pero dejándose llevar sin resistencias, casi a gusto respondió:

—Haré lo quieres.

Segundo regalo:

—Tampoco quiero una peineta de marfil cualquiera, de esas que venden en la ciudad. Me has dicho que podía escoger. ¿No es así? Bien, quiero la peineta de marfil tallado que usa la esposa del gran sacerdote. Es algo aún más precioso que el espejo de Rodopis. Proviene de una reina egipcia que vivió hace muchísimos años y que tenía un nombre tan difícil que no puedo pronunciarlo...

—¿Y cómo podré quitárselo? Preguntó Demetrios.

—Pero como yo quiero la peineta mañana, la matarás para conseguirla.

Tercer regalo:

—También he escogido ya mi collar. Quiero el de perlas, de siete hilas, que tiene en el cuello la Afrodita.

Demetrios sobresaltado, exclamó:

—¡Ah, ya es demasiado! ¡No te burlarás de mí hasta ese grado! ¡Nada, óyelo bien, nada te daré ni el espejo ni la peineta ni el collar!

Pero Crisis le tapó la boca con una mano e insistió con voz mimosa:

—No digas eso. Sabes tan bien como yo que todo lo que te pido me lo darás...

Crisis le pide a Demetrios que transgreda un orden establecido y el valor de él, para ella, está en relación con el hecho de responder a esta demanda. Demetrios llevó a Crisis los tres regalos que ella le pidió.

¿Qué seduce a Demetrios?

Dice Jean Baudrillard en “De la seducción” (2001), “La fuerza de lo femenino está en la seducción...” “La seducción vela siempre por destruir el orden de Dios, aun cuando éste fuese el de la producción o el del deseo. Para todas las ortodoxias sigue siendo el maleficio y el artificio, una magia negra de desviación de todas las verdades, una conjuración de signos en su uso maléfico”.

El mismo autor dice “que lo femenino seduce porque nunca está donde se piensa. Tampoco está en la historia de sufrimiento y de opresión que se le imputa, su astucia es disimularse en él”.

Podemos decir entonces que lo femenino seduce porque transgrede, porque invita a la transgresión y si hay algún espacio en donde se manifieste el deseo humano, es precisamente en éste.

En relación con lo masculino, hemos dicho que asumir la masculinidad implica aceptar la castración. Hay aquí una amenaza de perder lo que se cree se tiene, es decir el falo. Se ha pensado que falo es sinónimo de pene, sabemos que no es así, pues para Freud, el término falo, le sirve para afirmar el carácter intrínsecamente sexual de la libido. Es Lacan, quien convierte este concepto en una parte fundamental de la teoría psicoanalítica, diciendo que es un significante privilegiado, en esa marca en que la parte del logos se conjuga con el advenimiento del deseo.

Ante el temor de la pérdida del falo, se acepta el límite, la ley. Parece que hay menos desbordamiento, menos transgresión. No ocurre lo mismo con lo femenino, no hay ninguna amenaza de pérdida ahí.

Silvia Tuber dice en “La sexualidad femenina y su construcción imaginaria” (1989) “La niña carece de medios para representar la falta. Esto significa que la representación de la falta, que es la función de la castración no se produce para ella de la misma manera que para el niño. Pero si la diferencia anatómica de los sexos posibilita una diferencia en la representación del cuerpo, ésta se constituye como tal, en razón del significante que marca los cuerpos”.

Lacan dice (1955-1956) que lo que existe entre el niño y la niña, es una disimetría significativa y esta disimetría es la que determina las vías por donde pasará el complejo de Edipo. Ambas vías llevan por el mismo sendero: el sendero de la castración.

Vemos entonces, que la posibilidad del ser humano a tener acceso a la construcción de cierta sexuación, es decir, lo femenino y lo masculino, depende de la postura del sujeto ante la castración.

Sigamos con nuestra discusión, hemos dicho que dentro del psicoanálisis la castración pasa a ser un concepto central, opera como una ley que rige el deseo humano, que lo mantiene en los límites precisos, límites en los cuales hombres y mujeres asumen su humanidad y en estrecha relación con ellos, proporcionan la significación humana de la distinción entre los sexos. Distinción que no es entendida si no se toma al falo como articulador en ella. Es decir, la diferencia sexual se establece, en el hecho de saber si los sujetos tienen o no falo (esta diferencia no está planteada en relación con la existencia o no existencia de un pene). Lo que establece la diferencia entre los sexos es la presencia o ausencia de éste. El falo es, entonces, el significante en referencia al cual se constituyen a un tiempo la subjetividad y la sexualidad. Es también el significante característico del deseo y de la sexuación.

Chemana dice, en el “Diccionario de Psicoanálisis” (1998), que si la sexualidad no se limita a la genitalidad, si sobre todo, las pulsiones sexuales producen de manera indirecta nuestro amor por la belleza o nuestros principios morales, es necesario ampliar considerablemente la definición de sexualidad e introducir en el lenguaje nuevos términos más adecuados. El término sexuación, utilizado por Lacan, es de estos últimos, designa el modo en que, en el inconsciente, los dos sexos se reconocen y se diferencian.

Retomemos aquí, lo dicho anteriormente: cuando Freud trabaja con las histéricas o con algún paciente hombre, no hace trabajos de género, como ha quedado claro. Intenta decirnos cuál es el proceso de construcción subjetiva del ser humano. Afirma que desde temprana edad, el niño tiene la capacidad para cualquier función sexual psíquica y subraya lo erróneo que es suponer que el niño es asexual y que su vida sexual comienza en la pubertad. Reconoce la existencia de una pulsión sexual en la infancia, que posee el carácter de una ley. La pulsión que no está dirigida a otra persona, pues se satisface en el cuerpo propio del niño, es autoerótica y su meta sexual consiste en producir satisfacción bajo el imperio de una zona erógena. Entendemos por zona erógena un sector de la piel o de mucosa, en el que estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera.

Es importante decir que la zona erógena no está predeterminada, sino más bien es construida. Las funciones de supervivencia ayudan para ello. Por ejemplo, alimentarse no sólo satisface una necesidad, pues junto con ella hay una ganancia de placer en la boca que tiende a repetirse aunque ya no se tenga hambre, y se

continúa durante el resto de la vida esta búsqueda de placer con formas sustitutivas, por ejemplo el chupeteo en el niño o el beso en los labios.

La ganancia de placer que se obtiene paralelamente a todas las funciones de supervivencia, va dejando su huella en el cuerpo del ser humano, se va construyendo un cuerpo lleno de significados en el organismo vivo que el cuerpo biológico es. Basta con revisar los trabajos realizados con las histéricas, los cuales se encuentran en el origen del movimiento psicoanalítico y ver lo que se simboliza en el cuerpo de la mujer, como si el cuerpo simbólico hablara un idioma diferente, distante de lo que la boca puede enunciar. Pues bien, este es el cuerpo que se plantea como un interrogante para el saber médico, hacia finales de 1800.

Los síntomas de una histérica se presentan como un hecho enigmático, como si con ellos se diera un testimonio encubierto que hay que descifrar en otro ámbito diferente al que plantea la medicina, pues no responden a ningún tratamiento médico, es decir, el cuerpo biológico no responde. Con esos síntomas Freud llegó a reconocer que sus pacientes histéricas le habían enseñado que los seres humanos pueden saber y no saber al mismo tiempo, entender intelectualmente lo que emocionalmente se niegan a aceptar, y logró Freud hablar del síntoma como una manifestación del inconsciente, es decir, la forma que adopta lo reprimido para ser admitido en la conciencia. En este sentido podemos decir que el cuerpo simbólico tiene una relación importante con el deseo inconsciente y que las histéricas han dado testimonio de ello.

Nasio dice (2001), en el “Dolor de la histeria” que la neurosis es una manera inapropiada que, sin saber, empleamos para oponernos a un goce inconsciente y peligroso. Lo único que conseguimos es sustituir este goce inconsciente, peligroso e irreductible, por un sufrimiento consciente, soportable y en última instancia reductible. Sufrir de modo histérico, es sufrir conscientemente en el cuerpo, o sea convertir el goce inconsciente e intolerable en sufrimiento corporal.

Peter Gay, biógrafo de Freud, dice en “Una vida de nuestro tiempo” (1996) que las histéricas fueron instructoras de Freud. La escucha de ellas y a partir de ellas se convirtió en más que un arte; pasó a ser un método, una senda privilegiada hacia los conocimientos que las pacientes de Freud le revelaban a él. Emmy Von, por ejemplo, le enseñó que el tratamiento por medio de la hipnosis era un procedimiento absurdo e inútil, pues ella nunca pudo ser hipnotizada por él y lo impulsó a crear la más sensible terapia psicoanalítica. Elisabeth Von R. otra paciente, le demostró que la palabra está en la clave de la cura, y que con la palabra posiblemente se pueda desenterrar una ciudad enterrada, es decir, sacar a la luz el material patógeno. Y con ello los síntomas empezaron a tener algo que

decir. Es Anna O, el caso que se considera cofundador del psicoanálisis. Ella realizó descubrimientos trascendentales, y fue Freud quien los cultivó laboriosamente hasta obtener de ellos una cosecha rica e insospechada”.

Freud, establece diferencias en el camino que sigue la mujer y el hombre en este proceso de construcción subjetiva. Piensa que la postura que asume el sujeto ante el falo y la castración son determinantes en este proceso. Aclara que no existe un significante para la mujer y uno para el hombre, ya que la identificación en tanto sujeto sexuado, se da respecto de aquello que significa lo que el otro quiere, puede ser el falo o tener el falo. A partir de aquí se establece la diferencia de los sexos en tanto sujetos de deseo y seres sexuados.

Sirva esta pequeña reflexión para decir que la posición del sujeto humano en relación con su propio sexo constituye un proceso conflictual. El cuerpo simbólico construido a partir del deseo, entraña grandes enigmas, y es él, el que está en el origen de la identidad sexual y no el sexo biológico. La construcción de este cuerpo lleno de significados, está signado por la ganancia de placer. Placer que a todas luces dice de la relación directa con la pulsión, hecho este que nos invita a reconocer la uniforme disposición del ser humano a todas las perversiones.

En este sentido, la identidad sexual se construye a partir del cuerpo simbólico, cuerpo que es una representación en el sujeto, representación marcada por su deseo.

Michel Foucault, en *Las palabras y las cosas* (1998), dice que el hombre no es para las ciencias humanas ese organismo vivo, reducido a un ser biológico; es además un ser que, desde el interior de la vida a la cual pertenece y por la cual está atravesado todo su ser, constituye representaciones gracias a las cuales vive y a partir de las cuales posee la extraña capacidad de representarse precisamente la vida.

La manera en que los individuos o los grupos se representan las palabras, utilizan su forma y su sentido, componen sus discursos “reales”, muestran y ocultan en ellos lo que piensan, dicen quizá sin saberlo, más o menos lo que no quieren y en todo caso dejan una gran cantidad de huellas de estos pensamientos. Las huellas de esos pensamientos es lo que hay que descifrar, y restituirlos en la medida de lo posible a su vivacidad representativa, cuestión estudiada por las ciencias humanas, pues el objeto de ellas es el ser mismo, ser ese, que desde el interior del lenguaje por el que está rodeado, se representa al hablar, y se representa el sentido de las palabras o de las proposiciones que enuncia y se da la representación del lenguaje mismo.

Foucault dice, en el mismo texto, que el psicoanálisis avanza en dirección de esta región fundamental en la que se establecen las relaciones entre la representación y la finitud, en el interior de una práctica en la que no es sólo el conocimiento del hombre lo que está comprometido, sino el hombre mismo.

El psicoanálisis se vale de la transferencia para descubrir en los confines de la representación al deseo, la ley y la muerte, que dibujan en el extremo límite del lenguaje y de la práctica analítica, las figuras completas de la finitud (Ibídem).

En este sentido la representación del cuerpo simbólico está signado por el deseo del sujeto y por el deseo del otro.

Podemos suponer que si un sujeto no se identifica con el género que le ha sido asignado, es porque algo ocurre con su deseo y con el deseo del otro. Veamos la importancia de esto a partir de dos textos; uno freudiano y el otro lacaniano. La idea de la que parten estos textos es fundamental en este camino. Se sostiene en ellos la premisa de que no existe una instancia psíquica denominada yo, en el inicio de la vida de todo ser humano. Es decir esta instancia es construida. En el primero, Freud habla del renacimiento del narcisismo de los padres puesto en juego en esta construcción. En el segundo, Lacan aborda la imagen especular, como lugar desde donde parte la construcción del yo, no sin antes decir que esta imagen especular tiene que ver con el deseo del otro.

En “Introducción del narcisismo” (1914), Freud dice que la actitud tierna de los padres hacia sus hijos se habrá de discernir como renacimiento y reproducción del narcisismo propio. Prevalece en ellos una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfecciones, a encubrir y a olvidar toda clase de defectos.

El niño debe tener mejor suerte que sus padres y más aún, debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de éstos. El punto más espinoso del sistema narcisista se encuentra aquí, en esa inmortalidad del yo que ha ganado seguridad refugiándose en el niño. El amor parental entonces, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres.

En “El estadio del espejo” (1949), Lacan dice que el estadio del espejo es un momento importante en la vida de todo sujeto, puesto que la imagen del espejo, imagen especular, es asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrecito en ese estadio *infans*.

Lacan señala que este es un hecho en el que se manifiesta la matriz simbólica en la que el yo se precipita en su forma primordial. Esta forma sitúa la instancia psíquica en una línea de ficción, pues la forma total del cuerpo, gracias a la cual el sujeto se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder, no le es

dada sino como una *gestalt*, es decir, una exterioridad donde sin duda esa forma es más constituyente que constituida. Así esta *gestalt*, simboliza la permanencia mental del yo, al mismo tiempo que prefigura su destinación enajenadora.

La importancia del deseo del otro, en la construcción de esta imagen especular que el niño asume como propia, devela que en la construcción del yo, está presente el deseo. Pero también nos aparece el yo como una instancia engañosa, que se construye a partir de una imagen signada por el deseo del otro y no por lo que el sujeto es, marcando así una gran distancia entre la imagen que el sujeto cree que es y lo que “en realidad el sujeto es”.

En este sentido, la construcción del yo tiene que ver con la imagen, en primer lugar de un cuerpo unificado, en segundo lugar de lo signado por el deseo del otro: la Imagen que constituye el contenido de la representación que el sujeto ha asumido de su cuerpo, y que, al asumirla como propia, pone en juego su deseo. Es decir, se identifica con la imagen.

En la identidad sexual, el sujeto entra en relación con la imagen que tiene de su cuerpo y no con el cuerpo biológico. Desde esta perspectiva la imagen especular que se tiene del cuerpo se constituye como un importante punto de partida, para intentar acercarnos al conocimiento de lo femenino y lo masculino.

La construcción de lo femenino y lo masculino tiene relación directa con la imagen especular, imagen soportada por el deseo. Desde esta mirada, lo masculino y lo femenino no poseen ninguna esencialidad natural, pues están en relación directa con el deseo, no con el cuerpo anatómico. Veamos algunos ejemplos de lo que intento decir aquí.

Georges Devereux en su libro *Mujer y mito* (1982), analiza una serie de mitos griegos que tienen relación con diosas y heroínas a menudo masculinizadas y dioses feminizados por sus partos. Casi todos estos mitos implican, en cierta medida, la bisexualidad, confirmando así la convicción que él tiene, de que el ser humano no ha sabido jamás acomodarse por completo a la dualidad de sexos que ella presupone.

En relación con bisexualidad, Freud, agregó una nota a pie de página en 1915, en “Tres ensayos de teoría sexual” que dice “la investigación psicoanalítica se opone terminantemente a la tentativa de separar a los homosexuales como una especie particular de seres humanos...Ni siquiera el interés exclusivo del hombre por la mujer (heterosexual) es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento...”

En 1925, en un artículo intitulado “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre lo sexos”, Freud sostiene que “todos los individuos humanos, a consecuencia de su disposición (constitucional) bisexual, y de la herencia cruzada, reúnen en sí caracteres masculinos y femeninos (en el sentido en que el psicoanálisis ha definido a éstos), de suerte que la masculinidad y la feminidad puras, siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto”.

Sigamos con el texto de Devereux. En el caso de dioses feminizados, es importante la forma en que aborda las maternidades de Cronos y de Zeus e indica que la noción de maternidad masculina se encuentra no solamente en el mito y en el ritual griegos, sino también en la mitología de otros pueblos, en formas muy diversas. Por ejemplo:

—La muerte por parto de Ariana es actuada en Chipre cada año por un muchacho.

—El embarazo por vía bucal, que recuerda en parte el mito de Cronos, se vuelve a encontrar en el de Teshub e igualmente en una versión del nacimiento del segundo Dionisos: Semele había tragado, mezcladas en una bebida, las cenizas del corazón del primer Dionisos.

—Fertilización por el humo de una pipa. Un muchacho posee poderes mágicos. Un viejo hechicero celoso le ofrece una pipa repleta de hierbas mágicas que lo embarazan. Aborta, ayudado por unos animales salvajes que lo compadecen.

Después de algunos ejemplos de este tipo, Devereux cita prácticas reales que presuponen que un muchacho puede quedar embarazado. Veamos algunas de estas prácticas:

—Entre los Papúes Keraki, los adolescentes son regularmente sodomizados; ello forma parte de su iniciación. Pero se teme, en efecto, que la sodomización lo haya embarazado. Lo matan, pues, con objeto de no revelar a las mujeres las prácticas de iniciación secretas de los hombres. Comparado con esta convicción de la realidad de los embarazos masculinos, el “parto” (de gruesos bastones fecales) por ciertos travestistas mohave no es sino un lastimoso simulacro, del cual se burlan los otros hombres.

En relación con estos ejemplos, recuerdo el caso de uno de los jóvenes homosexuales que entrevisté cuando realizaba trabajo de campo para mi tesis de maestría. Él comentaba que cuando aún estaba en primaria, tenía de diez a once años tal vez, junto con un grupo de cinco niños, después de esconderse en algún lugar, se abandonaban a caricias eróticas, sin llegar a la penetración y después sentían miedo, temor de haber quedado embarazados. Dice así la entrevista :

“Éramos seis en total, ya estaba determinado quienes hacían el rol femenino o pongámosle, pasivos o activos. Ya, ya estaba determinado. Era como juego, nos llevaba a descubrirnos.

Abrazarse, besarse, desnudarse, sí. Porque había que desnudarse totalmente, pero por eso también había seguridad del grupo de que, por ejemplo, habían unas casas abandonadas muy grandes y adentro de ellas es que estábamos. Y una cosa curiosa te digo, porque era todo repetitivo, estaba la preocupación de ellos y de nosotros a la vez, sentíamos un miedo de quedar embarazados. Es que ignorábamos todo. Había un temor hacia afuera, que pasara lo que naturalmente pasa en una pareja” (Entrevista grabada, 1998).

Después de estos ejemplos, seguramente vemos el papel tan importante del deseo del ser humano en la construcción de lo femenino y lo masculino. Ambas entidades pueden conservar cierta independencia del sexo biológico y construirse ahí, donde el deseo señala, aunque muchos pensemos que resulte un lugar equivocado: una construcción femenina en un cuerpo de hombre, como en Mishima.

La imagen especular del cuerpo, la formación del yo y el corte que permite la diferenciación entre el yo y el no yo, posibilitan al sujeto la construcción de lo femenino y lo masculino. Estas entidades tienen una base de carácter energético y son el producto del movimiento de la libido dentro de las relaciones intersubjetivas que construyen la sexualidad del sujeto.

Revisemos un último aspecto antes de concluir: la vida amorosa del ser humano. Dentro de ésta lo femenino y lo masculino juegan un papel fundamental en la elección del objeto amoroso, ya que tal elección no parte del organismo biológico que somos, sino precisamente de estas construcciones erigidas en torno al deseo.

En *Entre los laberintos de la vida amorosa* (2001), intento explicar que en el vínculo amoroso entran en juego dos sujetos con construcciones subjetivas diferentes. Es decir, entran en relación lo femenino y lo masculino, en forma

independiente de la anatomía de cada uno. Es, entonces, desde la construcción de lo femenino y lo masculino desde donde el humano establece su vínculo amoroso.

En la “Conferencia No. 33” (1933), Freud dice que la vida sexual del ser humano está gobernada por la polaridad masculino-femenino y esto permite considerar la relación de la libido con esa oposición. La cual entra al servicio de esas dos construcciones.

Sin embargo, aquello que constituye lo masculino o lo femenino es de un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender, pues están en relación con la vida pulsional del ser humano.

Para finalizar, es importante decir que la identidad sexual es un proceso complejo en la vida del ser humano, un hecho conflictivo que implica la postura que asume el ser humano ante su sexo biológico y el género que le ha sido asignado. En este hecho se devela el deseo inconsciente del sujeto.

Para llegar a comprender en su justa dimensión qué es la identidad sexual, es preciso conocer cómo llegan hombres y mujeres a estructurarse como seres sexuados. Esta es una ruta que el psicoanálisis nos invita a recorrer, no sin antes advertirnos de las múltiples resistencias que habremos de romper en nuestro interior.

El psicoanálisis plantea que la castración es lo que posibilita al ser humano tener acceso a cierta sexuación, es decir a la construcción de lo femenino o lo masculino. En este sentido, reconoce que lo femenino y lo masculino no están presentes al inicio de la vida del humano, más bien se construyen a partir de la postura del sujeto ante la castración.

La castración, permite establecer la diferencia sexual que nos lleva a reconocer la falta y nos introduce al mundo de lo simbólico.

Lo femenino y lo masculino, entonces, están relacionados con la vida pulsional del ser humano, es decir, con el deseo inconsciente. Es sabido por nosotros que este deseo permanece en una constante búsqueda de placer y que tiene además especial relación con la transgresión. En este sentido, no poseen ninguna esencialidad “natural” y los podemos encontrar juntos o separados en cualquier cuerpo biológico, sin importar su sexo. Freud señaló que la constitución del ser humano es bisexual y que la heterosexualidad o la homosexualidad son restricciones que merecen ser estudiadas.

Estas construcciones son parte esencial en la sexualidad humana y en la vida amorosa del sujeto, y hemos dicho que a partir de ellas se da la elección del objeto amoroso. Este objeto, no es cualquier objeto, es el objeto del deseo del sujeto. Por eso nuestros vínculos afectivos nos son azarosos.

BIBLIOGRAFÍA

Alberoni, Francesco, 1994, *El erotismo*. Gedisa, España.

Baudrillard, Jean, 2001, *De la seducción*. Cátedra, Madrid, España.

Chemana, Roland, 1998, *Diccionario del psicoanálisis*. Amorrortu, Argentina.

Devereux, George, 1989, *Mujer y mito*. Fondo de Cultura Económica, México.

Foucault, Michel, 1998, *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI, México.

Freud, Sigmund, 1996, “Conferencia número 33, la feminidad”, en: *Nuevas conferencias a la introducción del psicoanálisis*. Tomo VII, Amorrortu, Buenos Aires.

—, 1996, “Tres ensayos sobre teoría sexual”, en: *Fragmento de análisis de un caso de histeria y otras obras*. Tomo XXII, Amorrortu, Buenos Aires.

—, 1996, “Introducción al narcisismo”, en: *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico y otras obras*. Tomo XIV, Amorrortu, Buenos Aires.

Gay, Peter, 1996 *Freud una vida de nuestro tiempo*. Paidós, España.

Lacan, Jacques, 1998, “Estadio del espejo”, en: *Escritos 1*. Siglo Veintiuno, México.

—, 1995, “Las psicosis”. Seminario 3. Paidós, Argentina.

Louys, Pierre, 1946, *Afrodita*. Editorial Botas, México.

Mishima, Yukio, 1988, *Confesiones de una máscara*. Planeta, México.

Morris, Desmond, 2000, *Masculino y Femenino*. Plaza & Janés Editores, S.A.Barcelona.

Nasio, Juan D, 2001, “El dolor de la histeria”. Paidós, Argentina.

Quezada, Noemí, 2002, *Sexualidad, amor y erotismo*. Plaza y Valdés, México.

Ramos Maza, Teresa, 2002, “Géneros e identidades femeninas: Mujeres de los Altos de Chiapas”, en: *Anuario 2000*. UNICACH Chiapas, México.

Roffiel, Rosamaría, 1989, *Amora*. Planeta, México.

Tubert, Silvia, 1989, *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Arquero, Argentina.

Zúñiga Zenteno, Magda E., 2001, *Entre los laberintos de la vida amorosa*. Tesis de Maestría. Escuela de Psicología. UNICACH. Chiapas, México.